Discurso completo de Juan Gómez Millas, Rector de la "U"

En la apertura oficial de la XXVI Escuela de Verano de la Universidad de Chile

Dos conceptos, jugando en íntima relación, casi en simbiosis se presentan cuando meditamos acerca de lo que es la Universidad de nuestro tiempo: educación superior e investigación; pero si enseguida queremos ver más hondo, tenemos que indagar en su pasado; descubrimos una gran variedad de formas en cada época, diferencias notables entre las de un mismo período histórico y el que le sigue o antecede; advertimos que muchas permanecen como relictos o fósiles y que todas reflejan como un espejo la fisonomía general de la sociedad y del tiempo en que nos detenemos a estudiarlas. No descubrimos, ningún prototipo ideal de Universidad, ni tampoco de educación superior porque en ellas trabajan ideales de vida, valores y actitudes ante el mundo y la sociedad cambiantes y muchas veces contrapuestos.

Algunas Universidades actuales son vigorosamente selectivas, otras no; en unas predominan los estudios generales, en otras los entrenamientos profesionales; en algunas, la investigación es mediocre, en otras la investigación es la base y la docencia el subproducto; en algunas, los cuerpos académicos son designados por autoridades extra universitarias, en otras por autoridades universitarias y en no pocas, son elegidos por los profesores; algunas son privadas, otras públicas y nacionales sometidas a leyes y controles generales. La variedad de métodos de trabajo y de tendencias que en ellas se manifiestan obedece más que en ningún otro aspecto de la vida moderna a la acción de personalidades guías, académicos, pensadores o administradores poderosos en influencia espiritual y resolución. Desde la Edad Media, la Universidad y la Ciencia fueron consideradas "speculum mundi"; sin embargo, en partes de Asia, de América Latina, Africa y Oceanía, las Universidades son espejo del mundo académico científico y tecnológico superior, sino, más bien, espejo de anhelos de lo que queremos ser en el futuro y por tanto, soles y semilleros de una revolución general de la vida de cada país.

Nada ilustra mejor esta sinrazón que el testimonio del Rector (Vice Chancellor) de la Universidad de Rangoon Profesor Htin-aung: "La lucha política constante con los políticos despertó en cada año la conciencia política hasta la Primera Guerra Mundial. Las ideologías políticas ocupaban el principal; hubo una fiebre en el ambiente que se contagió a la Universidad. Esta, mal equipada para satisfacer las tareas que le son propios, adquirió un carácter irreal e incoherente; continuó, en apariencias cumpliendo sus funciones, pero con poca eficacia y verdad. Hermosos edificios y cursos brillantes no bastan para formar una Universidad. En vista de esto se organizaron comisiones de encuesta, comités, se formularon planes y proyectos de reformas para remediar el estado de ineficacia que vagamente se percibía. Las autoridades habían estimado como simples propósitos políticos las críticas que hacían los nacionalistas contra los estudiantes de la Universidad, quienes, decían, eran incapaces de fabricar siquiera una caja de fósforos o una pastilla de jabón. Esta crítica, a pesar de todo, tenía base. No es suficiente decir que la investigación desinteresada es la única función de la Universidad y que en cambio no lo es la de enseñar a los estudiantes a fabricar fósforos o jabón. La respuesta inevitable fue: ¿qué debemos enseñar, cómo hacerlo y con qué objetivos? Si la Universidad no les enseñaba a fabricar fósforos y jabón tendrían los birmanos que importar estos productos eternamente o salir del país para aprender a fabricarlos...? A esto se añadía que la Universidad no había sabido crearse una personalidad y continuaba viviendo como una entidad híbrida; no podía ser una réplica de Oxford, como se había pensado al crearla, porque las condiciones en Birmania no eran las mismas de Inglaterra; tampoco tenía una estructura original, porque las gentes que estaban en el Gobierno carecían de ideas constructivas que ofrecer. No era capaz de formar hombres y mujeres con carácter y buen juicio, que pudieran analizar y meditar con independencia, en una palabra, aptos para formar cuadros directivos; porque estaba demasiado ocupada en la tarea de preparar cada año un número mayor de estudiantes para los exámenes y otorgar diplomas y certificados que les permitieran encontrar empleos remunerativos"... "Al margen de las grandes corrientes de la sociedad que la rodeaban, navegando a la deriva, recibiendo cada año un mayor número de estudiantes, con agitadores en sus filas, sometida a los insultos y críticas, la Universidad proseguía con sólo el apoyo de un cuerpo de profesores descontentos e inestables, sobre todo entre los más jóvenes, alimentando la ilusión de que ella era la élite. En estas condiciones surgieron algunos hombres y mujeres capaces de asumir responsabilidades, se puede decir por mera casualidad".

Experiencias de este tipo tan francamente dichas se repiten en todo ese inmenso mundo nuevo que surge del viejo ambiente colonial asiático, africano, americano y oceánico.

En los países de alta cultura científica, también las Universidades, a partir del siglo XIX, comenzaron a expresar hondas preocupaciones sociales, económicas y políticas, y la educación superior se impregnó de ansiedades y aspiraciones reformistas o revolucionarias. Bastará recordar la historia de las universidades alemanas durante el siglo pasado. Unas tras otras emprendieron que para reformar el mundo exterior debían marchar a la vanguardia y proyectar el porvenir, y para ello reformarse a sí mismas en un constante proceso de autocrítica. Hoy día mismo una institución de alto nivel científico y tecnológico, como es el Instituto Tecnológico de Massachussetts está pletórico de inquietudes reformistas y comienza a moverse hacia una concepción más integral y general de la vida científica; en cambio, la presión social y nacional cambia el rumbo de las universidades británicas de los estudios generales hacia los tecnológicos, sin abandonar o menospreciar a los primeros.

Un despertar agitado de la competencia intelectual se suma a los antiguos motivos de competencia entre naciones. Los gobiernos y la opinión pública hacen esfuerzos por demostrar que poseen los mejores sabios, los laboratorios mejor dotados, las mejores organizaciones universitarias y el mayor porcentaje de la población con educación superior. Jamás, como ahora, los hombres habían competido con tanto ardor en el campo del saber y de la eficiencia; pero por razones de prestigio y de influencia estas mismas naciones, no satisfechas con enviar profesores al extranjero o recibir becados en sus Universidades, comienzan a crear Universidades de carácter internacional, tales como la Universidad de la Amistad de Moscú, nacida en octubre del año pasado, o la Universidad para los pueblos africanos, estudiada en un Symposium en Dakar hace pocos meses, en la que una lengua "koine" serviría como el inglés en India o el latín en la Edad Media de "lingua franca" para pueblos aislados entre sí, por la carencia de un lenguaje común.

Pretenden ser instituciones de alto nivel científico y eficiencia educacional que despierten, en el menor tiempo posible, los pueblos nuevos a las disciplinas y realizaciones de la ciencia y las tecnologías modernas y en la que los estudiantes, confundidos en las aulas, a pesar de venir de diferentes naciones, como en la Edad Media, vivan y practiquen una comunicación internacional que antes no habían conocido sino a través de la violencia.

La Universidad moderna, anterior al siglo XIX, no respondía como la Universidad Medieval, a las necesidades y requerimientos de la cultura dominante y, por otro lado, a la tarea de ser un fermento de transformación constante de esa misma cultura que servía; pero en el curso del siglo XIX, la Universidad volvió a la actitud beligerante de las grandes universidades medievales: unas tras otras aceptaron las ciencias naturales como temas legítimos de enseñanza e investigación académicas, y al dar este reconocimiento a las nuevas ciencias, introdujeron en la educación superior de la sociedad burguesa la conciencia de que la misión del hombre era transformar y mejorar el mundo y la sociedad. De estas universidades reformadas salió la revolución mundial en que vivimos. La Universidad contemporánea no puede renunciar a este carácter dominante. No es extraño, entonces, que en un mismo período histórico y en íntima vecindad hayan aparecido la visión fáustica de Goethe y la tarea pedagógica que señaló Wilhelm von Humboldt a la Universidad de Berlín.

La ciencia moderna penetró en la Universidad venciendo grandes resistencias; luego, después, lo intentaron las tecnológicas, sin lograrlo en todas partes completamente, salvo en los Estados Unidos. La historia de las disciplinas tecnológicas, abriéndose camino en las Universidades británicas, es uno de los episodios más apasionantes de la historia intelectual del siglo XIX y de parte del presente. Las Grandes Ecoles han mantenido hasta hoy un paralelismo extraño en Francia con la Universidad de París; la solución en otras partes ha sido las "Technische Hochschule", o los Technological Institutes; en la organización soviética operan influencias alemanas y francesas, sin una fácil coordinación lógica, aunque sí histórica.

La importancia que las ciencias puras y aplicadas alcanzaron en la Universidad de nuestro tiempo, especialmente a través de la alta preparación profesional influyó desde hace muchas décadas, y cada día con mayor énfasis, en el carácter revolucionario de la industria moderna, en la administración del Estado y en las relaciones sociales. El reconocimiento de la importancia de esta influencia ha llegado a ser tan fuerte que las empresas privadas y públicas y numerosas agencias del Estado han comenzado a crear departamentos especiales de investigación y en algunas partes de formación y entrenamientos especializados.

Ya no es posible que alguna actividad productora importante no destine una parte creciente de sus beneficios a su propia transformación mediante investigación en ciencias puras o aplicadas; ni es tampoco posible que los Gobiernos no instalen centros e Institutos de Investigaciones y entrenamiento superior de personal, independientemente de la Universidad pero como están de competir al más alto nivel y con la mayor rapidez posible en el mejor uso del poder humano y de los recursos naturales. En Chile podríamos citar varios casos típicos. Tanto en Europa como en Norteamérica estos departamentos de investigación de las industrias y de los Gobiernos han iniciado una competencia abierta con las Universidades: Bell Telephone, Dupont Nemours, Philips en Eindhoven, y otros. Uno, muchas veces, al visitar estos departamentos no se da cuenta clara de si está en la sección de una Universidad o si al visitar los centros de investigación tecnológica de una Universidad ha penetrado al departamento especializado de una gran industria.

Las preocupaciones por el desarrollo de la producción ya no pertenecen a las industrias solamente; como por otro lado, las ciencias y artes aplicadas no son el monopolio exclusivo de universidades, academias, institutos o sociedades científicas; ellas penetran más y más en la actividad propia de la industria, del comercio o de las actividades gubernamentales.

Por un lado la ciencia da vida a la producción y por otro la vida se introduce en la Universidad con nuevas y variadas formas. ¿Quién podrá señalar los límites? He aquí uno de los grandes conflictos que agitan a la Universidad de nuestro tiempo. Muchas Universidades se ven obligadas a financiar sus investigaciones de ciencia pura, expediciones arqueológicas etc. con las utilidades que dejan las investigaciones que encomienda la industria. Para educar más de 45.000 estudiantes la Universidad de California dispone de un presupuesto de 365 millones de dólares; una parte importante de este dinero no sólo proviene del Estado de California, sino de los contratos de investigación o entrenamiento con industrias californianas o con las diversas agencias del Gobierno norteamericano. ¿Significa esto en el correr del tiempo y en lo pesado de la tentación una amenaza a la independencia de las universidades? Cuando visité la Universidad de Cambridge, hace 32 años, este tema era ya una importante preocupación en Inglaterra. A medida que la expansión de la Universidad en número de estudiantes y en nuevos proyectos y programas aumenta es más difícil encontrar una solución adecuada al problema y es más fácil caer en soluciones de emergencia. Hoy este tema preocupa a los investigadores, profesores y administradores de todas las Universidades.

¿Derrumbarán la Torre de Marfil las necesidades de la producción y la presión social? ¿Perderán los científicos la libertad para hacer la ciencia que quieran y cuándo quieran, limitados por la circunstancia de tener que hacer lo que desean y aman con un trabajo que no desean? ¿Dependerán las investigaciones acerca de la lengua sumera o de las inscripciones hititas de las ganancias marginales de algún inversionista de Chicago? o ¿tendrán que someterse los bioquímicos a las preocupaciones comerciales de los productores de ice-cream, o el conocimiento del Universo a los intereses políticos de Estados en pugna? ¿Cuál es el significado que todo esto tiene para el futuro de la Universidad?

La respuesta a esta última pregunta está contenida en uno de los conceptos básicos que nos orientan, el de racionalización, planificación e indagación de la vida y de la actividad en todas sus formas y dimensiones; ya muy poco especulamos por el goce que nos proporciona la especulación; todas las ciencias trabajan en el mismo sentido se refieran a lo grande como a lo infinitamente pequeño, a los cuerpos o a las almas; dos ideas marchan paralelamente: programar y proyectarse en el programa y hoy como nunca la idea de Bacon "saber es poder", lo impregna todo.

Estos conceptos dominantes en la sociedad moderna estimulan la especialización, el saber más y más acerca de menos y menos. Prescindamos por el momento de algunos de los desvaríos de la educación especializada que podríamos explicárnoslos como el costo de la virtud. Cálculos recientes hechos por investigadores bien informados, anuncian para las décadas próximas un aumento del número de años que se requerirán para alcanzar títulos o grados universitarios. Se dice, por ejemplo, que un médico psiquiatra necesitará 15 años para formarse en la Universidad. Es muy difícil, si no imposible encontrar hoy un hombre que esté medianamente al día siquiera en una disciplina completa; se prevé, por tanto, que para alcanzar una mediana autoridad científica se necesitará alargar el proceso de formación por muchos años más. ¿Estamos en condiciones de luchar contra estas tendencias o será mejor que nos planteemos de nuevo todo el problema de la formación de profesionales y distinguamos en cada actividad específica grados y niveles mejor diferenciados en una proyección más realista y adecuada con las necesidades y requerimientos sociales? Una actitud negativa, en esta materia, de la Universidad inmerge parte de la Universidad inmediatamente fosiliza una parte de su acción, y como los cambios son muy rápidos en las nuevas naciones que se incorporan a la ciencia, constantemente las Universidades se retrasan frente al desarrollo de esas sociedades que están llamadas a servir. La inflexibilidad frecuente en los cuerpos académicos resalta más en estas circunstancias y precipita como reacción el uso de la violencia en el seno de la Universidad entre los estudiantes que ven amenazado su porvenir y los cuerpos académicos lerdos en percibir las nuevas realidades.

Cuenta el distinguido jurista inglés Lord Moulton que habiéndose encontrado en una alta montaña con un científico y dándose cuenta que era químico, comenzó a hablarle sobre temas de esta ciencia; pero el buen hombre parecía no seguir la conversación; en un momento dado dijo: "sólo soy un químico orgánico"; el inglés pasó a hablar entonces sobre productos farmacéuticos y del alquitrán; el químico reaccionó; él sólo entendía la química de los subproductos del alquitrán. Esto no amilanó a Moulton, ya que hacía poco tiempo había tratado el caso del color amarillo-canario; se alegró pensando que había descubierto un tema que podría ser común y suavemente se deslizó hacia el tema del amarillo-canario; pero el interlocutor se mantenía en silencio hasta que dijo "sólo conozco la química del alquitrán referente a los azules". Con la pertinacia propia de los británicos y pensando que ahora no sería vencido, Moulton buscó en sus recuerdos algo que tuviese que ver con el azul del alquitrán; había tratado este tema en un caso de asesoría legal y poco a poco se fue deslizando hacia el problema; pero el sabio químico venció; con tono solemne y satisfecho dijo "sólo me dedico al azul de metileno".

¿Hacia dónde marchan la ciencia y la Universidad que prepara a los científicos? En un symposium verificado hace dos años el eminente científico norteamericano Deal Wolfe decía: "La ciencia se ha convertido en el más importante instrumento de poder mundial... para construir o destruir. Las decisiones acerca del uso apropiado de este poder no las pueden tomar sólo los científicos en una sociedad democrática; su responsabilidad pertenece a hombres y mujeres educados y pueden hacerse efectivas en cualquier momento de la vida. En esos momentos ellos no procederán con prudencia, si no entienden algo acerca de las fuerzas que manejan. No todos pueden ser hombres de ciencia, como tampoco historiadores, lingüistas o economistas; sin embargo, todo hombre o mujer culto sabe algo acerca de la historia, la economía y las tradiciones y culturas de otros pueblos; conocen estas cosas porque son parte de su herencia intelectual, parte de su educación general parte del equipo con que cuentan para enfrentar sus responsabilidades como ciudadanos informados y educados. La ciencia ha llegado a ser tan poderosa en el mundo que es esencial que el buen ciudadano también sepa algo de ciencia. No se trata del conocimiento especializado del científico profesional, sino de una comprensión general de los principios, las tendencias y los desarrollos principales que en otros aspectos de la cultura consideramos como partes adecuadas de una educación liberal. Por estas razones la ciencia ha llegado a ser una parte esencial del curriculum de las humanidades".

Humanidades sin ciencias hoy día no son humanidades. A esta idea de integración humanística corresponde en parte el espíritu que debe animar a los colegios universitarios, que diseminados en los principales centros urbanos del país impartan una educación humanística integral al nivel de una educación superior y en cuyo curriculum se equilibren el conocimiento histórico del hombre con el de la naturaleza y del lenguaje matemático y proporcionen una formación más eficaz, abierta y objetiva en las bases de la cultura superior moderna. Mediante un programa prudente de integración de conocimiento científico con tecnologías sencillas abrirán el camino a profesiones cortas que den ocupación a miles de jóvenes que no pueden seguir por diversas razones, las carreras universitarias de más de 4 años. Serán los núcleos de formación regional superior y de centros de investigación científica local. Ellos deben hacerse cargo, a medida que existe personal especialmente preparado de parte de la formación básica que necesitan los estudios universitarios profesionales.

La única manera efectiva y aceptable de vencer la especialización prematura, sin rechazarla de plano, de amparar y sostener los valores implícitos en el humanismo no es expulsando a las ciencias y tecnologías como hermanas intrusas en la tarea de formar al hombre, sino aceptándolas como progresivas creaciones del hombre; es decir, impregnando su aprendizaje de saber histórico, literario y estético de acuerdo con los variados momentos de su historial.

Si entendemos la física desde el doble aspecto de explicación del Universo y de esfuerzo mental y cultural del hombre histórico para alcanzar esta explicación, entonces hemos salvado al humanismo; pero si creemos que hemos salvado los valores humanos cuando indagamos en literatura, arte e historia solamente, no hemos salvado nada porque empobrecemos extraordinariamente la creación humana. Por otra parte, el mero tratamiento de los procesos históricos, literarios o artísticos no constituye actitud humanística; hay centenares de estudiosos de la literatura o del arte que están mucho más lejos de los valores humanísticos que un buen artífice y si no lo creéis, contemplad las maravillosas creaciones de los artesanos e imagineros medievales y modernos. A este propósito, recuerdo las investigaciones del gran arqueólogo inglés Flinders Petrie, cuando en los pedernales prehistóricos egipcios descubría con mayor claridad las preocupaciones estéticas del hombre primitivo que los usos prácticos del coup de poing. Un gran humanista como Hermann Diels, autor de la más valiosa investigación acerca de los filósofos pre-socráticos griegos dedicó hermosos años de su vida a fructíferas indagaciones acerca de la ciencia y la técnica de los griegos. Con guías como Rostofzew, o Jaeger uno puede penetrar las intimidades de la economía helenística o las finuras y matices de la pedagogía griega sobre todo porque el estudiante es conducido a la comprensión de los textos en su sentido axiológico formador y estimulante. Y aquí toco uno de los problemas más importantes de la Universidad: **el de la planificación y programación de sus sistemas de enseñanza.**

Con frecuencia, y voy a hablar con mucha franqueza, por falta de adecuada preparación pedagógica y conocimientos generales, se cometen errores tales como confundir en un mismo nivel de importancia la formación científica con la información suplementaria y las aplicaciones tecnológicas de las ciencias; se repiten en diversos programas las mismas materias cansando al alumno con exposiciones pesadas y esquemáticas sin contenido filosófico, ni revisión crítica y descendiendo una y otra vez a un dogmatismo aburrido que mata la iniciativa del alumno y agota su imaginación creadora, esencial para el estudio científico. Enseñar poniendo en la posición de redescubrir y de ensayarnos en la tarea objetiva es el gran método para formar buenos científicos y profesionales capaces de responder al desafío del mundo.

El círculo de Sócrates alentó la vida espiritual de un puñado de hombres; sus herederos, las Universidades, tienen que sostener la capacidad creadora de millones de hombres y además, como lo creyó Marco Aurelio, reemplazar, en el uso del poder, la violencia por la filosofía.

Hoy no ocurren las cosas como en otros tiempos, cuando el sabio iba a buscar a la plaza pública a sus discípulos; son las masas humanas las que empujadas por ineludibles necesidades se agolpan a las puertas de las Universidades pidiéndoles instrumentos más y más finos para sentir, pensar y actuar. Hasta 1918 el proceso que nos condujo a la situación de hoy fue lento; pero en las décadas posteriores ha sido cada día más rápido. La expansión universitaria en los últimos años ha llegado a ser dramática. En los grandes países del mundo en 10 años más, aproximadamente, el 60 por ciento de los niños que iniciaron la educación primaria se incorporarán a estudios superiores. Actualmente en los Estados Unidos llega aproximadamente al 45 por ciento y para que se tenga una noción comparativa, recordaré que en Chile alcanza al 1,7 por ciento. Las Universidades por tanto pierden sus antiguas características y a ellas entran masas juveniles en tropel. ¿Estamos preparados para recibirlas?

¿Sabemos cómo tratarlos en masa; tenemos el número de profesores suficientemente preparados, facilidades de laboratorios, bibliotecas, residencias estudiantiles suficientes? O es que frente a la dura necesidad tendremos que reemplazar el diálogo directo, afectuoso y ondulante del maestro por la clase impersonal de la televisión o de la radio? Frente a estos problemas es inútil que elevemos los brazos al cielo en una queja contra el destino. ¡Qué delicioso fue en otro tiempo viajar en una calesa tirada por cuatro caballos y escuchar la estimulante voz del postillón! ¡Pero cuán lejano está todo aquello!

Algunas Universidades latinoamericanas cuentan ya con cerca de 100 mil estudiantes en sus aulas. ¿Os imagináis si, en condiciones aceptables, se podrá hacer el manejo, la administración, el financiamiento, la evaluación y los controles de este abigarrado mundo juvenil, y además de los docentes e investigadores? ¿Es posible seguir creciendo en esta forma? ¿O será mejor acoger la solución holandesa discutida por una alta comisión de expertos del Gobierno holandés de dispersar el crecimiento en varias unidades regionales en vez de concentrarlo en las antiguas instituciones, y, por otro lado, para construir estas nuevas unidades proseguir con nuevos métodos las investigaciones y cálculos iniciados por la Universidad de Berkeley acerca de la cabida óptima de una Universidad?

El problema del crecimiento de la Universidad es diferente en los países de viejas tradiciones científicas y culturales que aquellos otros donde se producen rápidos procesos de descolonización y la vida universitaria carece de raíces regionales y vegeta en la rutina. Los términos de este problema que afecta a países americanos, asiáticos, africanos y oceánicos no han sido estudiados en una visión total. Ahora último la revista "Tiers Mondo-Probleme des Pays Sous Reveloppé" dedica especial atención al tema. Un niño alemán, francés o inglés al estudiar la historia del Mundo puede unirla a la historia de su propia experiencia; un niño de Chile, del Vietnam o de Mali sólo tendrá una visión marginal de la historia porque la comprensión histórica profunda que Polibio planteó y Lessing desarrolló en el concepto del "Wiederholung" está íntimamente relacionada con lo que podríamos llamar la proyección de la experiencia. ¿Cómo mantener el nivel creado para los pocos cuando hay que darlo a los muchos? ¿Cómo transferir la experiencia histórica sin la vivencia histórica? Si la vivencia histórica y la vida intelectual fueran independientes del resto de la vida humana, ello sería posible; pero no lo es. Por lo tanto mientras más intensa, frecuente y prolongada es la comunicación en el mundo universitario, más posible es que la actividad científica se desarrolle como lo demuestra la historia intelectual de los Estados Unidos.

La Universidad, para poder dar respuestas adecuadas a toda la problemática que le plantea el resto de la sociedad moderna, debe adaptar su administración a la naturaleza y complicaciones del trabajo científico y docente contemporáneos; debe disponer de una legislación flexible, abierta, sin complicaciones, y como insisten los educadores ingleses, "de privilegio, diferente al resto de la legislación nacional". Sin una buena administración y una legislación universitaria adecuada, la actividad universitaria se enreda en la maleza de disposiciones que la entraban y perturban, y se convierte en víctima fatal de la violencia. Uno de los dramas que vive la administración universitaria es la lucha entre mejorar sus servicios y actuaciones y someterse a una legislación y administración que está muy lejos de ser adecuada para la realización de sus fines esenciales.

¿Cómo defenderse del mal profesor? ¿Cómo transformar planes de estudio y proyectos de trabajo sin delegación de funciones con responsabilidad resolutiva? Estas contradicciones tienen menor sentido e importancia en los países de vieja cultura; pero, en cambio, en los países latinoamericanos son el centro de permanentes dificultades. Los profesores son propietarios vitalicios de sus cargos en las Universidades latinoamericanas: en cambio, los investigadores, muchas veces de alto nivel, aparecen en una situación marginal, sin la posibilidad de intervenir en la resolución de cuestiones que a ellos les competen. Hacer un sumario a un mal profesor es lo mismo que andar por los cerros de Úbeda.

Todo el sistema de educación superior ha entrado en una revisión crítica, desde hace muchos años; cada día esta revisión es más penetrante y amplia. Tanto la educación profesional como la de los científicos, es discutida con ardor en todas partes. En estas discusiones no sólo participan los científicos y docentes, sino, también, los cuerpos profesionales y el público culto. Es un hecho que caracteriza a la Universidad contemporánea. Si queremos que estas discusiones tengan un valor objetivo, deben realizarse con generosidad y espíritu objetivo, pues, de otra manera ahuyentan de la Universidad y de las tareas de la ciencia a muchos espíritus sensibles y finos, que no aman el tumulto ni la violencia.

La Universidad, al revés del comercio, no recomienda incondicionalmente la bondad de sus productos: revisa con lealtad sus resultados, sus métodos de trabajo y sus proyectos, y por algo que es esencial a la actitud del científico y del maestro, ama la verdad, aunque, a veces, le sea contraria; sabe que sólo la verdad le servirá a lo largo del camino. El sabio debe soportar con paciencia la crítica de los que saben menos, pues es una parte de su generosidad y de sus sacrificios y es también una expresión de amor a la humanidad.

No sólo hay que tener paciencia para educar a los niños, hay que tenerla también con los mayores, aunque escriban en los periódicos. El esfuerzo de comprensión que les pedimos no siempre pueden apreciarlo en lo que vale. Debemos recordar que la humanidad ha adquirido la cultura de que goza, y los progresos con que continuamente mejora su existencia, muy a menudo, en contra de la voluntad y la tolerancia de los beneficiados. ¿Por qué, entonces, irritarnos? Muchos escriben y escribirán en contra de nuestros esfuerzos; tal vez, porque desean que andemos tan rápidamente, aunque, al mismo tiempo, nos quiten los medios para andar; pero sabemos que sus hijos, o mejor, sus nietos, verán con más claridad los resultados, y un día, recordando los sacrificios de hoy, se alegrarán de que hayamos tenido paciencia, que no nos hayamos desanimado, y que, en medio de los avatares de la vida, conservemos lo más humano del hombre: la sonrisa. ¿No es ésta también una buena enseñanza moral de la ciencia?

Permitidme, antes de terminar, recordar a los poetas, porque la más alta poesía está ligada a la Universidad. Es en las altas esferas de la creación en las que el científico, el tecnólogo y el poeta, se encuentran y hablan el mismo lenguaje de la creación y del destino del hombre, señalándole posibilidades que nosotros debemos convertir en actos e instituciones. A nosotros corresponde elegir entre las posibilidades que nos ofrecen, y en función suya poner en marcha el acontecer. Podemos perdernos en mundos posibles si no tenemos el coraje de afirmar su realidad en la acción, y éste es siempre un peligro que amenaza a todo país que comienza a surgir de las tinieblas del caos natural. Es la ruta purificatória en donde nacen y mueren los mundos culturales.

Cuenta Plutarco, en su escrito acerca de las causas del fin de los oráculos, que unos viajeros, al pasar frente a una isla desierta, oyeron una voz que les comunicaba la muerte del dios Pan; espantados, creyeron haberse equivocado, y decidieron que, si en la próxima isla que encontrasen el viento dejaba de soplar en alta voz, anunciarían la terrible nueva. Al llegar a la próxima isla, el viento dejó de soplar, el bajel se detuvo y el timonel gritó la fatídica noticia; con gran espanto, los navegantes escucharon que, desde la isla, un suspiro aterrador y mágico les respondía. Hay períodos en los cuales los dioses y los oráculos se callan, hay días en que los poetas y científicos mueren, y las fuentes se secan; pero hay otros en que ellos hablan para un pueblo, para despertarlo e introducirlo a un mundo posible. Escuchad la voz de la ciencia y de la poesía, que es una misma melodía creadora de mundos nuevos.

Presidido por el Ministro de Educación, Eduardo Moore, se inauguró ayer la XXVI Escuela de Verano de la Universidad de Chile, en el Salón de Honor de la Casa Central Universitaria. En el acto hicieron uso de la palabra, además del Rector, el profesor Harold Behrens y el Director del Departamento de Extensión Cultural, Francisco Galdames, quien aparece en el grabado. Sentados en la mesa de honor, el Subsecretario de Educación, Emilio Pfeffer; el Decano de Economía, Luis Escobar; el Rector, Juan Gómez Millas, y el Ministro Moore

POLEMICOS DISCURSOS INAUGURARON AYER ESCUELA DE VERANO DE LA U.

Ayer a las 8 horas comenzaron las actividades docentes de la XXVI Escuela de Verano de la Universidad de Chile. Quedaron iniciadas las clases tanto de los ciclos principales como de los cursos generales. En la tarde, a las 19 horas, se realizó, en el Salón de Honor de la Casa Central Universitaria, el acto académico de inauguración oficial. Lo presidieron el Ministro de Educación, Eduardo Moore, y el Rector, Juan Gómez Millas. Asistieron el Secretario General de la Universidad, Alvaro Bunster; decanos, el Subsecretario y Superintendente de Educación, embajadores, catedráticos y miembros de los Institutos dependientes de la Universidad.

Hicieron uso de la palabra el profesor uruguayo Harold Behrens, el Director del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad, Francisco Galdames, y el Rector dictó la primera clase del ciclo "La Universidad de nuestro tiempo". El texto completo de su discurso va en información aparte.

El profesor Behrens dio la bienvenida a los profesores de Química que asisten al curso especial que auspician OEA, el Ministerio de Educación y la Universidad de Chile, y dio a conocer sus finalidades. Expresó que, mediante estas clases, asesoradas por profesores norteamericanos, se busca remover inquietudes en el profesorado y observar los resultados de la experiencia. La única razón de que el curso se dicte en el campo de la Química, se debe a que experiencia similar se está practicando en Estados Unidos, con el fin de capacitar mejor la mente de las juventudes.

Francisco Galdames, en los acápites principales de su discurso, expresó lo siguiente:

"La opinión pública del país ha presenciado últimamente el desarrollo de severos ataques, dirigidos, a demostrar que este cuerpo educacional adolece de una grave crisis. Aunque no nos corresponde hacernos cargo de la respuesta a estas críticas, debemos señalar que resulta injusto y reñido con la verdad pretender colocar la Universidad de Chile en posición de combate frente a ciertas universidades particulares. Se ha querido confundir la defensa de expresas disposiciones legales que obligan a la Universidad de Chile a velar por el prestigio de la función universitaria, con el afán de provocar dificultades al amplio curso de otra disposición legal que ampara la libertad de enseñanza. En Chile existe un auténtico respeto por todas las corporaciones educacionales de carácter privado que están cumpliendo una elevada función social, y nuestra Universidad se ha distinguido, precisamente, por mantener una política de armonía y colaboración con esas instituciones. Pero este reconocimiento no puede significar olvido de la existencia de un Estatuto de la Enseñanza Superior, que contiene precisas disposiciones sobre el régimen de creación y funcionamiento de las universidades privadas, y fija una responsabilidad para la Universidad de Chile, como representante del Estado en estas materias. Es por eso que la reacción de la autoridad superior ante iniciativas impulsadas al margen de los cauces normales consultados para crear o dar prerrogativas especiales a las universidades particulares, se ha producido siempre con franqueza y claros propósitos de cumplir un mandato jurídico."

"Cuando se pretende utilizar como elementos para una campaña de desprestigio la publicación en los propios anales de la Universidad de ensayos de eminentes catedráticos de esta Casa, se olvida que es condición de las corporaciones que respetan el libre juego de la libertad de pensamiento facilitar el diálogo sobre las formas y orientaciones del trabajo que en ellas se realiza. La Universidad de Chile no tiene inconveniente en colocarse en el filo de la discusión elevada y abierta, y ello constituye el mejor ejemplo de su fuerza y seguridad espiritual."